

Dedicación de la Basílica de Letrán.

“El Templo: símbolo material del misterio de la Iglesia”.

Hoy celebramos el aniversario de la Dedicación de la Basílica de Letrán. El origen de esta fiesta se remonta a tiempos del emperador Constantino que dona a la Iglesia unos terrenos en los palacios “Laterani” del Monte Celio, hacia el año 320, con el objetivo de que fuera la residencia y capilla del Obispo de Roma. El Papa San Silvestre I la dedica en el año 324 a Cristo Salvador. Posteriormente se añadieron los títulos de San Juan Bautista y San Juan Evangelista. Por ser la Catedral del Papa y la primera gran basílica de la cristiandad se la conoce como “*Madre y Cabeza de todas las Iglesias de la ciudad de Roma y del mundo*”, en señal de unidad para con la cátedra de Pedro.

Puede que nos sorprenda encontrarnos en el curso habitual de los domingos del tiempo ordinario esta celebración. Su categoría litúrgica de “fiesta” hace que adquiera precedencia sobre dichos domingos y, por esto mismo, las oraciones y las lecturas de la misa son propias. Superada esta extrañeza inicial, la fiesta de este domingo nos ofrece la posibilidad de acercarnos a unos principios de un profundo calado eclesiológico meditando unos textos a los que no estamos muy habituados.

⊕ La primera gran afirmación que debemos tener en cuenta es que **el verdadero y perfecto templo es el cuerpo de Cristo** donde se da el auténtico culto al Padre. Así lo expresó el evangelista en el episodio de la purificación del templo de Jerusalén: “***Pero él hablaba del templo de su cuerpo***” (Evangelio).

Sin embargo, tras su muerte y resurrección la Iglesia es el cuerpo de Cristo que perpetúa su presencia en el tiempo hasta su venida gloriosa. La Iglesia, como comunidad de creyentes, se convierte, por lo tanto, en el nuevo templo de Dios, un templo construido con “***pedras vivas y elegidas***” (primera oración colecta) donde mora el Espíritu Santo (segunda lectura, prefacio). Este templo de Dios está llamado a *reunirse en su nombre, venerarlo, amarlo, seguirlo para ser guiado al reino prometido* (segunda oración colecta).

Además, tal y como nos enseña la historia, desde antiguo se han dedicado las iglesias donde se reúnen los cristianos en orden al destino sagrado para el que se construyen: **la escucha de la Palabra de Dios, la oración, la celebración de los sacramentos y, especialmente, la Eucaristía.** En virtud de este destino sagrado y por su dedicación, los templos físicos (formados con piedras muertas) se convierten en un signo de la Iglesia reunida: “*santificas a la Iglesia, esposa de Cristo, simbolizada en edificios visibles*” (prefacio). De esta manera se comprende por qué se designa con una misma palabra –*Iglesia*– a los edificios destinados para el culto y al pueblo creyente. Dios habita no sólo en templos construidos por hombres ni en casas hechas de piedra y de madera, sino, principalmente en el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios.

⊕ Una segunda afirmación a tener en cuenta al celebrar el aniversario de la catedral de Roma, signo de la única Iglesia de Cristo diseminada por el mundo, es **recordar el sentido y actualidad del templo, que es casa de oración y casa de la asamblea.** El templo cristiano es el lugar y el espacio privilegiado que posibilita al hombre el encuentro con Dios. El creyente no va al templo para retirarse, para huir del mundo y de la vida, sino que va para encontrar sentido, rumbo y capacidad para poder ir a todos los lugares, para poder entender todos los caminos del mundo, para poder penetrar en el misterio de la morada continua y universal de Dios en la creación entera. Por eso, los edificios construidos y consagrados por la Iglesia han de ser principalmente lugares que favorezcan e inviten al diálogo con Dios, a la oración que los hombres realizan en el mundo.

*Pidamos un “nuevo Pentecostés” sobre nuestra Iglesia,
que se traduzca en frutos de santidad y comunión con el Papa,
con nuestro Obispo y entre nosotros mismos.*

Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado Episcopal de Liturgia.